

Por su parte, el texto historiográfico de Emilio Robledo (Salamina, 1875-Bogotá, 1961), miembro de las academias colombiana y antioqueña de historia y Colombiana de la Lengua, *La medicina en los departamentos antioqueños*, fue una memoria presentada en las sesiones científicas celebradas por la Academia de Medicina de Medellín para conmemorar el primer centenario de la Universidad de Antioquia y que fue publicada en el *Repertorio Histórico*, órgano de la Academia en enero de 1924 (año 6, núms. 1 a 2). En este trabajo Robledo amplió el escrito años antes por “nuestro Hipócrates cristiano”, el doctor Manuel Uribe Ángel (Envigado, 1822), titulado *La medicina en Antioquia* (1881), por considerar que era deficiente en algunos aspectos²⁴. En este esbozo histórico, como él mismo lo denominó, Robledo se propuso desarrollar con una estructura narrativa lineal, el estado de la medicina entre los indígenas prehispánicos; los médicos y el incipiente estado de la medicina española del periodo colonial; la influencia de las escuelas y doctrinas médicas imperantes en Europa y los Estados Unidos que llegaron al país y a la región con sus médicos, quienes implantaron los procedimientos científicos estudiados allí y, por último, la iniciación de los estudios médicos y la forma como estos se habían desarrollado, de manera particular desde la creación de la Facultad de Medicina (1872) de la Universidad de Antioquia y los primeros títulos médicos expedidos desde 1875 hasta su época a comienzos del siglo XX; el texto incluye pequeñas semblanzas y una valiosa iconografía de los principales médicos nombrados.

* * *

Si bien las editoriales universitarias involucradas trabajaron en forma conjunta para seleccionar, imprimir, presentar y difundir trabajos de escritores emblemáticos como Juan de Dios Restrepo (Emiro Kastos), Epifanio Mejía, Tomás Carrasquilla, Efe Gómez, Baldomero Sanín Cano, Manuel Mejía Vallejo, Gonzalo Arango, Eladio Gónima, Darío Ruiz Gómez y otros autores más, se hace notoria la inclusión hasta ahora, únicamente, de tres obras escritas por mujeres, las de la sonsonense María Martínez de Nisser y las medellinenses Isabel Carrasquilla y Elisa Hernández Sánchez²⁵; el resultado es una colección de cuidadosas ediciones con prólogos serios, unificado y colorido formato que rescata y preserva el patrimonio bibliográfico y

24. Estos trabajos historiográficos se complementaban con los realizados por Pedro María Ibáñez y José María Restrepo Sáenz acerca de la historia de la medicina en Bogotá.

25. De Carrasquilla la crónica *Impresiones de viaje (escritas por una abuela para sus nietos)* (vol. 23) y de Hernández *Manual práctico de cocina para la ciudad y el campo* (vols. 56 y 57). A estas escritoras se agrega la coautoría de Ana Catalina Reyes Cárdenas, Jineth Berrío Martínez, María Fernanda Vásquez Valencia y Victoria Estrada Orrego en algunas investigaciones universitarias publicadas en la colección.

documental de la región, pues sus títulos resultan claves para estudiar y poner en valor obras fundamentales de su acervo cultural histórico, geográfico, científico, artístico, literario, filológico, arquitectónico, urbano e incluso culinario.

Luis Fernando Carrasco Zaldúa

La paz que se volvió siderúrgica

En carne viva

BERNARDO ARIAS TRUJILLO

Casa Editorial y Talleres Gráficos Arturo Zapata, Manizales, 1934, 243 págs.

180 días en el frente

ARTURO ARANGO URIBE

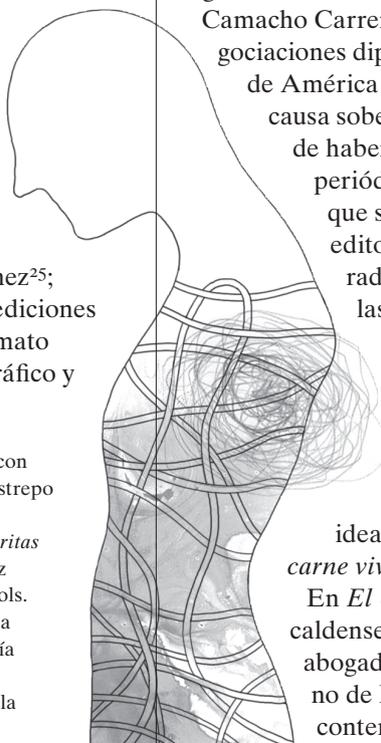
Tipografía Cervantes, Manizales, 1933, 194 págs.

CUANDO SE cumplen ochenta años de la firma del tratado de paz de Río de Janeiro (1934) que dio fin a la guerra con el Perú (1932-1933), recuperamos dos autores que abordaron este conflicto desde la diatriba y el testimonio, respectivamente, sin hacer concesiones a la versión oficial.

Aunque Bernardo Arias Trujillo (1903-1938), autor caldense apenas reconocido en su región y desconocido en el resto del país, no formó parte del grupo de Los Leopardos, volvió jirones la doble moral del gobierno de la Concentración Nacional de Olaya Herrera con su feroz diatriba *En carne viva* (1934), reimpresa –junto con la totalidad de su obra– por su sobrino Lucio Michaelis, en Manizales (2012).

Como secretario de la Legación colombiana en Argentina, cuando el embajador era su amigo José Camacho Carreño, fue testigo de excepción de las negociaciones diplomáticas de Colombia con los países de América del Sur para lograr adhesiones a su causa soberana. A Buenos Aires llegó después de haber fundado y dirigido fugazmente el periódico *El Universal*, en julio de 1930, que solo circuló tres meses, pero en cuyos editoriales se asoma la garra del liberal radical de izquierda poco convencido de las alianzas de la naciente República Liberal con el conservatismo, que durante cuarenta y cinco años ejerció su omnívoro poder. Desde entonces, entró en contradicción con los jefes liberales y en esos editoriales se metabolizaron las ideas que luego vertiría en su obra *En carne viva*.

En *El Universal* emergió ese estilo greco-caldense, inflamado de imágenes del novel abogado, como cuando afirma que el gobierno de Enrique Olaya Herrera tiene a todos contentos, militando cómodamente, “a la



manera de aquellos perros hambreados que van y vienen por todos los campamentos en busca de desperdicios. Y con los ideales no puede hacerse jamás un festín bárbaro para regocijo de farsantes o de glotones” [pág. 16]. Se niega a creer que el gobierno de Olaya Herrera vaya a instaurar el republicanismo en el sentido “vacilante y hermafrodita” que se dio en Colombia a partir de 1909 con Carlos E. Restrepo; pero sobre todo, le indigna que en esa repartija le entreguen la gobernación de Caldas a un conservador. Sus ataques editoriales también van dirigidos a la prensa, en principio, a su competencia, *La Patria*, hoja provinciana, según él, cuya venta debería prohibir la Sociedad de Mejoras Públicas para evitar vergüenzas a Manizales. De *El Tiempo* y *El Espectador*, “los dos hermanos siameses de la Concentración”, dice que se han dejado manipular por el gobierno, y “ungir los talleres con la vaselina republicana”.

Con este entrenamiento en las artes marciales periodísticas, Arias Trujillo escribió su invectiva contra la diplomacia en el pleito colombo-peruano a bordo del barco que flotaba sobre aguas argentinas, uruguayas y brasileñas de regreso a Colombia, a finales de 1933; quizá por ello los periodos de reflexión se ven sacudidos por el violento oleaje de su prosa, que deja epítetos hirientes y brillantes como la espuma. Tantos que advierte al lector en el prólogo que ese libro “pincha el trigémino” e intenta “señalar a la vindicta pública el nombre de corsarios que han vagabundeado por todos los mares y bajo todos los cielos, ofreciendo carne de la patria en los mejores mercados” [pág. 9]. Desafiante, afirma: “Y que hiervan insultos y agresiones... Amo las tempestades como si fuese un faro marino” [pág. 156]. Con razón Gustavo Álvarez Gardeazábal, en el prólogo de la reedición del libro, señala que Arias Trujillo “usaba la prosa como espada, la idea como catapulta y la exquisitez castellana como escudo”.

Al tiempo que defiende a la Leticia en litigio “como a una hembra” –lo que no hizo Roberto Urdaneta, el ministro petrolero, “barrendero infatigable de los yanquis”, que la entregó a los peruanos–, ataca a Bogotá, que para él no merece la dignidad de capital de la república. La describe como una de las ciudades más feas, tristes y frías del mundo, habitada en su mayoría por indios enruanados y por burócratas, y a ese pueblo despreciable achaca todos los males desde la disolución de la Gran Colombia y el fin del sistema federalista para entronizar el centralismo bogotano, el cual propició la separación de Panamá y ahora pone en riesgo el territorio nacional en el Trapecio Amazónico.

Con estos prolegómenos inicia su ataque, cifrado en el torpe manejo diplomático dado al conflicto que, según el autor, habría podido tratarse desde un comienzo –cuando un grupo de civiles enviados por un hacendado atacó la desprotegida base de Leticia– como un asunto de Policía, sin darle la trascendencia de un litigio internacional. A partir de ese evento, ocurrido en septiembre de 1932, y teniendo en cuenta el descontento peruano con el Tratado Salomón-Lozano firmado en 1922, Arias Trujillo se enfoca en la desafortunada estrategia que trazó la cancillería para solucionarlo en medio de “una siesta de

opio”, queriendo decir que en el Palacio de San Carlos no se enteraban de nada porque ni siquiera abrían la correspondencia.

Dado que este libro podría considerarse como la primera denuncia pública de las marrullas diplomáticas en el sonado episodio bélico, conviene saber que el autor define diplomacia como “el arte de allanar dificultades, de seguir la línea de menor resistencia, de atraer voluntades esquivas, de honrar al país que le sirve, con artes sutiles, con don de gentes, con atracciones sencillas, con finura cortesana” [pág. 53]. Esta claridad la tenía Camacho Carreño, quien, acompañado de su secretario, logró la adhesión de Argentina, Uruguay y Chile a la causa colombiana.

En contraste, la actuación de Colombia en los tribunales internacionales fue funesta porque para el autor, allí se aceptó negociar, en igualdad de condiciones, con el enemigo “felón” (recordando la famosa estrofa que lanzó Laureano Gómez en el Senado: “Paz, paz, paz en el interior. Guerra, guerra, guerra en la frontera contra el enemigo felón”). “Ahora tenemos pues, sentados en blandos sillones en Río de Janeiro, en un mismo plano moral, a ofensores y ofendidos, discutiendo amablemente, tomando champaña en la misma copa, como si en vez de tratarse de la reintegración de territorio nuestro, estuviéramos discutiendo la propiedad dudosa de una tierra en litigio” [pág. 99]. Para rematar el deshonor, el que presidió la mesa de diálogo fue Brasil, país al que Colombia tuvo que ceder sus títulos y aspiraciones sobre el triángulo Tabatinga-Apaporis, a cambio de que no obstruyera la aprobación del pacto Salomón-Lozano.

De los negociadores en la capital carioca solo saca en limpio a Eduardo Santos, porque al canciller Roberto Urdaneta –futuro reemplazo de Laureano Gómez en la Presidencia de la República–, no lo baja de “monigote con bigotitos de chofer; mucamo más que sumiso, abyecto; foca obscena de San Carlos”, entre muchos otros epítetos que le endilga a quien tuvo la genialidad de preguntar al Perú –vía telegráfica–, a raíz de los acontecimientos septembrinos, cómo vería el gobierno de Lima el envío de tropas a Leticia. El que sí brilló por su astucia fue Alfonso López Pumarejo cuando se apresuró a saludar al general Óscar Benavides, quien reemplazó al presidente Luis Sánchez Cerro, asesinado





en medio de la guerra. Lo que recuerda Arias Trujillo es que Benavides comandó la tropa de asalto a La Pedrera, en 1911, donde perdieron la vida un centenar de colombianos. Por eso pone en duda la autoridad moral de López y, por demás, sospecha de sus ideas revolucionarias porque encarna el liberalismo manchesteriano y tiene “afiladas uñas de banquero”.

Aclara el autor que estos disparates de la diplomacia no eran nuevos porque el Ministerio de Relaciones Exteriores de Colombia llevaba cincuenta años desbarrando gracias a inútiles funcionarios, como los herederos de la familia Holguín. Vale la pena citar este párrafo sin desperdicio porque mantiene su vigencia: “Hace cincuenta años la familia Holguín chupa las ubres

del tesoro nacional y su capacidad maxilar y succional son tan gigantescas, que todavía no hay esperanzas de que suelte la teta ni existe procedimiento mecánico alguno para lograr que deje descansar, siquiera un rato, las glándulas fiscales del tesoro” [págs. 145-146].

Pero los desatinos de la cancillería colombiana acaso fueron superados por los de la prensa nacional, que cometió peligrosas indiscreciones al ofrecer información “clasificada” sobre los avances de las conversaciones.

Bastaría leer esa hoja de higuierilla que dirige Enrique Santos, para echar de menos un consejo de guerra permanente y seguirlo a esos traidores voluntarios e involuntarios que se le han desnudado al enemigo... Con la millonésima parte de los datos publicados en un diario colombiano, en Francia, en vísperas de una guerra, se habría clausurado el diario y seguido consejo de guerra a todo el personal directivo de la empresa. [pág. 67]

Sin embargo, la gran prensa liberal –que con Olaya Herrera dejó de ser antiestadounidense como por encanto–, canalizó el fervor patriótico por esta causa, y solo *El Tiempo* llegó a recibir en un día diez mil mensajes de adhesión por la recuperación de Leticia, como lo registra Alberto Donadio en *La guerra con el Perú* (Planeta, 1995), la crónica periodística mejor documentada sobre esta escaramuza de fronteras.

Cuatro años después de firmarse el armisticio, en 1938, murió Arias Trujillo en su casa de Manizales,

en extrañas circunstancias y entre dosis de morfina, después de publicar una novela que desató escándalo, *Por los caminos de Sodoma. Confesiones íntimas de un homosexual*, inspirada en su experiencia por los arrabales bonaerenses, que firmó con seudónimo, y otra merecedora de todos los elogios, *Risaralda*. Dejó una estela de escritor maldito e incómodo porque se atrevió a tocar a intocables y a refutar la versión oficial sobre la paz pactada.

Pero a la vuelta del siglo XXI, el citado Alberto Donadio refuta las afirmaciones del autor caldense, más fundamentadas en emociones que en razones, como las que él encontró en la correspondencia diplomática del conflicto:

Arias Trujillo pasa por alto que desde un principio la posición colombiana, pública y privada, fue que se trataba de un asunto de policía interna, que Colombia estaba en su derecho de restablecer a sus autoridades; precisamente por eso se armó la flotilla naval que trajo Vázquez Cobo. El Perú planteó la revisión del tratado Lozano-Salomón y Colombia se negó siempre. Es cierto que Colombia fue a la Liga de las Naciones, pero allí siempre sostuvo que no había litigio internacional porque el tratado estaba vigente. La mediación del Brasil fue para la devolución de Leticia, sin humillar al Perú. El viaje de López no fue un as que se sacó de la manga con resultados providenciales, sino parte de la estrategia de Olaya.

Por cierto, Olaya no podía volver a equivocarse con Leticia, porque veinte años atrás la derrota de La Pedrera le costó el cargo como ministro de Relaciones Exteriores.

* * *

En cualquier caso, con esa fórmula de paz se finiquitó un litigio fronterizo de comienzos del siglo XX, originado, en parte, por la codicia de la funesta Casa Arana que ambicionaba ampliar sus dominios en el Putumayo y el Caquetá para la explotación cauchera. Así lo recuerda Arturo Arango Uribe, quien estuvo seis meses en el frente como corresponsal de guerra de *El Espectador*, allí vivió de cerca las miserias de la soldadesca en esos parajes perdidos del Putumayo, donde se produjeron más bajas por el paludismo y las enfermedades tropicales que por el enemigo y donde el periodista enfermó de tifo.

Mientras en Bogotá se decía que “el frente estaba lleno de música, de alegría, de radios, de comodidades” [pág. 77], y que las tropas estaban bien apertrechadas gracias a los empréstitos que hizo el país y a la fundición de las argollas y alhajas de oro que donaron los colombianos, en el sur los uniformados apenas sobrevivían esperando los envíos de alimentos y municiones. Por ello este autor, oriundo de Ibagué (1909), que vivió y murió en Manizales (1990), comparte con Arias Trujillo la animadversión por la capital, “irresponsable, frívola, sin conciencia de su deber ante la nación... Tiene una enfermedad geográfica y otra hereditaria racial. Se formó de

la miseria indígena, de miseria social y de bellaquerías aristocráticas. Desde la colonia la puebla el glaxo y la alimentan las provincias que engrosan el presupuesto” [págs. 7-8]. Como se aprecia, el mismo malestar por el centralismo, que encontró una válvula de escape en la literatura.

Antes de que tropas irregulares peruanas se tomaran Leticia, el capitán Virgilio Barco fue a Bogotá a exigir el sostenimiento del ejército en Leticia, y en cambio le ordenaron que retirara la guarnición. El ministro de Guerra, Carlos Arango Vélez, no creía que Perú representara algún peligro, y por eso Leticia fue presa fácil, afirma el autor; a partir de entonces, las órdenes y contraórdenes provenientes del Palacio de San Carlos eran la ración regular en el frente.

En lugar de elegir la primera persona para narrar los hechos de los que fue testigo durante 180 días en el frente, Arango Uribe opta por crear un personaje, José Uribe, quien registra sus impresiones, primero de su trayecto hasta la zona de combate, en medio de la selva, viajando por trochas y por ríos. En Puerto Boy, el puerto de los hidroaviones, la lengua oficial es el alemán, porque allí la Scadta tiene su base de operaciones. Cuenta cómo el último día de enero de 1933, en el primer choque entre colombianos y peruanos en la guarnición de El Encanto, cayeron los soldados Cándido Leguizamó (el héroe que combatió hasta la muerte, a quien Bernardo Arias Trujillo dedicó su libro) y Octavio Moreno. Después de narrar los principales combates como el de Güepí –con el que comenzó formalmente la guerra, en marzo de 1933–, el gobierno seguía anunciando refuerzo de las tropas, pero todo se quedaba en promesas y los oficiales enfrentaban al peor enemigo: la impotencia. El asalto más humillante fue el Domingo de Pascua de Resurrección, en el puerto de Calderón, cuando los soldados colombianos estaban inermes porque el oficial a cargo había almacenado el armamento mientras asistían a una misa y les pasaban “revista de niñas”. Fue el cura quien terminó defendiendo el puerto con valentía de santandereano.

“En la guerra faltó una dirección suprema. Los militares no tenían fe en sus jefes de Bogotá ni los respetaban porque Bogotá no supo imponerse con inteligencia en la campaña del Putumayo” [pág. 117], sentencia el autor, quien señala al ministro Arango Vélez como el mayor responsable de la guerra por dejar desguarnecida a Leticia.

“Pero en Ginebra, mientras en el frente agonizaban de tifo o paludismo los soldados colombianos, don Eduardo Santos discutía con los ancianos ingleses, que pelearon en campos sembrados de lechugas, sobre la guerra en la selva” [pág. 63].

Lo cierto es que allí se convino la negociación de paz que se finiquitó en Río de Janeiro, y que para el autor fue una jugada clandestina de don Alfonso López y del gobierno, pero ambos se desautorizaban mutuamente. Don Alfonso fue a Lima y propuso un pacto pacífico. Al

regresar, cuando ya en Ginebra se había aceptado una fórmula de reconciliación transitoria, don Alfonso declaró que su fórmula era mejor que la del doctor Eduardo Santos, nuestro ministro plenipotenciario en todas partes. Sin embargo, al llegar a Bogotá, don Alfonso aceptó una indigestión por anfitriones pacifistas, en el Hotel Granada y elogió la paz conseguida [pág. 159].

En esta versión, pues, coincide el autor con Arias Trujillo: el artífice de esa paz poco digna para el país fue López Pumarejo, ‘el Comediante’, quien se humilló en Lima a nombre del Partido Liberal, porque le dio la satisfacción al Perú de que la nación ofendida por el asalto de Leticia fuera a buscar la paz al país agresor. Para colmo, durante un tiempo Leticia quedó bajo el control de una comisión administradora de la Liga de las Naciones.

La riqueza de estas memorias que vieron la luz, patrióticamente, el 20 de julio de 1933, además de su fuerza testimonial y de su tono de denuncia, está también en las finas observaciones que hace de los lugares, las gentes y los hechos curiosos Arango Uribe, quien en 1936 fundaría la famosa agencia de publicidad Sancho. Quizá por eso le llamó la atención un cartel que vio en el departamento del Cauca con la siguiente leyenda: “Todo buen ciudadano caucano debe contribuir al aumento de las rentas de licores, porque con ella el Estado educa a millares de niños y mantiene el orden público”¡ [pág. 48]. También advirtió que muchos de los soldados leían con avidez *La vorágine*, de José Eustasio Rivera, porque quizá les ayudaba a describir mejor en sus cartas ese paisaje selvático del que apenas tenían idea en el resto del país.

El autor estaba convencido de que los civilistas prefirieron la humillación diplomática antes que la victoria del ejército colombiano por las armas, y por eso lo dejaron abandonado. En las páginas finales de *180 días en el frente* hace una defensa ardiente de la institución armada, que sacó la cara por el país a pesar de todas las dificultades y declara que hubiera preferido la guerra antes que el pacto de Ginebra, el cual se refrendó en Río de Janeiro, meses después de que saliera publicado el libro.

Pacto que en el imaginario colectivo quedó refundido en la siderúrgica Acerías Paz de Río, en el municipio boyacense del mismo nombre –rebautizado así en memoria del armisticio–, y que en los últimos años ha estado bajo el control de una multinacional brasileña, con lo que el destino terminó por dar la razón a Arias Trujillo sobre la codicia del coloso del sur. Sin embargo, las versiones sobre el acontecimiento de los autores revisitados no resisten el escrutinio contemporáneo, cuando la investigación periodística se soporta en archivos y documentos históricos para no caer en interpretaciones subjetivas.

Maryluz Vallejo M.

